

y la degüellan, precipitándose en seguida sobre las hijas, manchadas con la sangre de su madre. Dominadas por el dolor y el miedo, lánzase del altar, como enloquecidas, y con tal rapidez, que si hubiesen encontrado medio de huir á la ciudad, la habrían amotinado. En el estrecho espacio de la casa, en medio de tantos hombres armados, se libraron por algún tiempo de las heridas y se arrancaron de brazos vigorosos que las retenían y cuyos esfuerzos burlaban. Alcanzadas al fin por muchos golpes, llenándolo todo de sangre, cayeron sin vida. Aquel asesinato, tan deplorable por sí mismo, lo fué mucho más por la llegada de un mensajero, que poco después, trajo la prohibición de inmolarlas, habiéndose movido muy pronto los ánimos á compasión. Pero esta compasión se trocó en seguida en cólera, porque aquel suplicio tan rápido, no dejó tiempo al arrepentimiento ni espacio para volver á sentimientos más humanos. Estremeciósse la multitud y pidió que se reuniesen los comicios para el nombramiento de los sucesores de Andranodoro y de Themisto, que habían sido pretores. Estos comicios no habían de resultar según los propósitos de los pretores existentes.

Habiase fijado el día; y en esto, sin que nadie lo esperase, un hombre colocado en el extremo de la multitud nombró á Epícides, y otro en seguida á Hipócrates: por todas partes repiten estos nombres, y se hace evidente el asentimiento de la multitud. Formaban la asamblea, no solamente el pueblo, sino los soldados, habiéndose mezclado también muchos desertores que deseaban trastornos. Los pretores disimulan al principio y quieren llevar despacio el asunto; pero vencidos por la unanimidad de votos y temiendo una sedición, proclaman los nombres de los nuevos pretores. Estos no descubren al pronto sus intenciones, pero les disgustaba que se hubiesen enviado legados á Ap. Claudio

para pedirle diez días de tregna, y después de obtenerla, otra embajada para tratar de la renovación de la antigua alianza. Los romanos tenían entonces en Murgancia una flota de cien naves, porque querían ver en qué pararían las turbulencias promovidas en Siracusa por la muerte de los tiranos, y en qué camino entraría el pueblo, arrastrado por aquella libertad tan nueva y extraña para él. En aquella misma época había enviado Apio á Marcelo, que llegaba á Sicilia, los legados siracusanos. Marcelo escuchó sus proposiciones, porque podía ajustarse la paz, y envió por su parte una diputación á Siracusa, con orden de discutir de viva voz con los pretores las bases con que se renovaríase el antiguo tratado. Muy lejos estaba ya la ciudad de gozar de igual tranquilidad, cuando se propagó el rumor de que la flota cartaginesa estaba á la vista de Paquino; libres de todo temor, Hipócrates y Epícides comenzaron á quejarse delante de los mercenarios y de los desertores de que Siracusa estaba entregada á los romanos; y cuando Apio vino á situarse con sus naves á la entrada del puerto, para animar á los del partido contrario, su presencia dió mucho crédito á la acusación que hasta entonces no tenía fundamento; corriendo desde luego en tumulto la multitud para rechazar á los romanos si trataban de bajar á tierra.

En medio de aquel alboroto, se pensó en convocar la asamblea. Los ánimos estaban divididos, y tal vez iba á estallar una sedición, cuando Apolonides, uno de los ciudadanos más importantes, pronunció la oración siguiente, la más útil en aquellas circunstancias: «Jamás ciudad alguna había estado más cerca de su salvación ó de su ruina. Si el pueblo entero, por unánime consentimiento se decidía por los romanos ó los cartagineses, ningún estado se encontraría jamás en condición más próspera y dichosa. Si, por el contrario, se dividía, no

sería más cruel la guerra entre romanos y cartagineses que entre los dos bandos de Siracusa. Dentro de las mismas murallas cada partido iba á tener sus soldados, sus armas y sus generales. Era, pues, indispensable que todos los siracusanos estuviesen de acuerdo. Decidir cuál de las dos alianzas era más útil, era cuestión mucho menos grave, mucho menos importante; aunque era mucho más conveniente, para la elección de aliados, referirse á la autoridad de Hierón que á la de Jerónimo, y que amigos tan felizmente experimentados durante cincuenta años debían ser preferidos á amigos desconocidos hoy y pérfidos antes. Otra consideración importante era que podía rechazarse la alianza de los cartagineses sin entrar inmediatamente en guerra con ellos; pero con los romanos era indispensable elegir en el acto entre la paz y la guerra. «Cuanta menos pasión y parcialidad demostraba este discurso, tanto más impresión nó. A los pretores y parte más escogida del Senado, se reunió un consejo militar, recibiendo orden los jefes de las tropas y los de los aliados de tomar parte en la deliberación. Las discusiones fueron violentas muchas veces; pero viendo al fin que era imposible sostener la guerra contra los romanos, se decidieron por la paz y que les enviarían legados para ajustar el tratado.

Pocos días después llegaron legados de Leoncio pidiendo tropas para defender sus fronteras; pareciendo esta embajada excelente pretexto para libertar á la ciudad de una multitud desordenada y sin disciplina y para alejar á sus jefes. El pretor Hipócrates recibió orden de llevar allí los desertores, siguiéndoles multitud de mercenarios y formando de esta manera un cuerpo de cuatro mil hombres. Esta expedición fué igualmente agradable á los que la enviaban y á los que partían, porque éstos encontraban la ocasión que por tanto tiempo deseaban de provocar alguna revolución; los otros se regocijaban

de haber limpiado la ciudad, según creían, de la escoria que le infectaba. Por lo demás, aquel fué como remedio para cuerpo enfermo que se alivia por un momento, pero que en seguida recae con mayor gravedad. Hipócrates, por medio de incursiones secretas, taló primeramente las fronteras de la provincia romana; después, habiendo enviado Apio sus tropas para proteger el territorio de los aliados, se precipitó con todas las suyas sobre aquel cuerpo, acampado delante de él, causando grandes estragos. Al recibir la noticia, Marcelo envió legados á Siracusa, anunciando que consideraba rota la paz, y que siempre habría algún motivo de guerra, á menos que Hipócrates y Epícides fuesen expulsados, no solamente de Siracusa, sino del territorio de Sicilia. Epícides, no queriendo soportar, si permanecía en Siracusa, las reconvenções que se dirigían á su hermano ausente, ó más bien, no queriendo dejar por su parte de excitar la guerra, partió espontáneamente para Leoncio. Viendo entonces á los leontinos muy animados contra Roma, trató también de llevarles á un rompimiento con Siracusa; diciendo que Siracusa había ajustado paz con Roma, á condición de que quedasen bajo su autoridad todos los pueblos que habían formado parte del reino; que nó contenta con ser libre ella misma, quería también reinar y dominar sobre los demás. Era, pues, necesario decirle que los leontinos querían ser libres también; que el tirano había sucumbido en su ciudad; que allí se había proclamado por primera vez la libertad, y que allí también quedaron abandonados los jefes del ejército real para correr á Siracusa. Era por consiguiente necesario borrar aquel artículo del tratado ó no aceptar el tratado. La multitud se dejó persuadir fácilmente, y cuando llegaron los legados de Siracusa para quejarse de la matanza de las tropas romanas y mandar que Hipócrates y Epícides fuesen en-

viados á Locros, ó al punto que quisieran, con tal que abandonasen la Sicilia, les contestaron orgullosamente: «que Leoncio no había encargado á Siracusa que ajustase por ella la paz con los romanos, y que no se encontraba obligada por una alianza en la que no había tomado parte.» Los siracusanos llevaron á los romanos esta respuesta, añadiendo: «que Leoncio no dependía de ellos; que, sin perjuicio del tratado, los romanos podían hacerle guerra, y que ellos mismos les ayudarían, á condición de que, cuando fuese sometida aquella ciudad, volvería al poder de Siracusa, según las condiciones del tratado.»

Marcelo partió para Leoncio con todo su ejército, y hasta llamó á Apio para que atacase á la ciudad por otro lado. Irritados los soldados con el recuerdo de sus compañeros degollados mientras se negociaba la paz, atacaron con tal ardor, que tomaron la ciudad en el primer asalto. Viendo Hipócrates y Epícides tomadas las murallas y rotas las puertas, se retiraron con algunos hombres á la fortaleza, y cuando llegó la noche se refugiaron secretamente en Herbesso. Ocho mil siracusanos habían partido de su ciudad, cuando cerca del río Myla encontraron un hombre que les anunció la toma de Leontino. Mezclando aquel hombre mentiras y verdades, dijo que habían degollado indistintamente soldados y ciudadanos, y que, según creía, no quedaba un hombre que pasase de la edad de la pubertad. La ciudad había sido saqueada y los bienes de los ricos dados á los soldados. Ante relato tan horrible, se detuvo el ejército, y en medio de la irritación general, los jefes Sosis y Dinomenes departían acerca de lo que convenía hacer. Daba á aquella mentira apariencia de tremenda verdad el hecho de haber sido azotados y decapitados cerca de dos mil desertores; pero ni un solo leontino ni un soldado había experimentado violencias después de toma-

da la ciudad, y se les devolvían todos sus bienes, exceptuando lo que había sido cogido en el tumulto inseparable á una toma por asalto. Imposible fué decidir al ejército siracusano á marchar hasta Leoncio. Quejábanse en voz alta los soldados de que se hubiese enviado á sus compañeros á la matanza, y hasta se negaron á esperar noticias más ciertas. Viendo los pretores inclinados los ánimos á la sublevación, pero creyendo que aquel movimiento duraría poco si hacían desaparecer á los jefes, llevaron el ejército á Megara, y ellos mismos, con algunos jinetes, partieron para Herbesso, esperando que, en medio de la conmoción general podrían apoderarse de la ciudad por traición. No lo alcanzaron, y se decidieron entonces á obrar por la fuerza. Al día siguiente dejaron Megara y acudieron con todas sus fuerzas á sitiarse á Herbesso. Hipócrates y Epícides carecían de recursos, y comprendieron que no tenían más que un partido que tomar, peligroso en la apariencia, pero el único que les quedaba, el de entregarse á los soldados, cuya mayor parte estaban acostumbrados á ellos y á quienes el simple rumor del exterminio de sus compañeros había enfurecido. Decididos á esto, salieron al encuentro del ejército. Por casualidad iban á vanguardia seiscientos cretenses que habían servido á sus órdenes en tiempo de Jerónimo y que además debían agradecimiento á Aníbal, que les dejó en libertad después de hacerles prisioneros en el Trasimeno entre las otras tropas auxiliares de Roma. En cuanto Hipócrates y Epícides les reconocieron por sus enseñas y sus armas, se presentaron á ellos con ramos de olivo y el aspecto ordinario de los suplicantes, rogándoles «des recibieran y tomasen bajo su protección, que no les entregasen á los siracusanos, que en seguida los pondrían en poder de los romanos para que les exterminasen.»

«Tened esperanza, exclamaron todos; compartiremos

vuestra suerte.» Habiéndose detenido las enseñas durante esta entrevista, quedó interrumpida la marcha, ignorando los jefes la causa de la detención. En cuanto corrió la noticia de que Hipócrates y Epícides estaban allí, evidente estremecimiento de satisfacción recorrió todas las filas. En seguida lanzaron los pretores sus caballos á la vanguardia, y preguntan «qué conducta es aquella, qué licencia la de los cretenses que parlamentan con el enemigo y les reciben en sus filas sin orden de los pretores;» y en seguida mandan que se apoderen de Hipócrates y le carguen de cadenas. Al oír estas palabras, los cretenses primero y en seguida todo el ejército, lanzan tremendo grito, que hizo temer por sí mismos á los pretores si insistían. Inquietos y vacilantes disponen el regreso á Megara, de donde acababan de salir, y envían á Siracusa la noticia de aquel acontecimiento. Con una mentira subleva más aún Hipócrates los ánimos predisuestos á las sospechas; envía algunos cretenses para que se aposten en el camino, y fingiendo en seguida que, gracias á ellos, ha interceptado una carta, que él mismo había escrito, la lee públicamente. Después del acostumbrado saludo «Los pretores de Siracusa al cónsul Marcelo», decía: «Que había hecho muy bien en no perdonar á ningún leontino, pero que todos los soldados mercenarios estaban en el mismo caso, y que jamás estaría tranquila Siracusa mientras en la ciudad ó en el ejército hubiese algunas tropas extranjeras. Que le rogaban, por consiguiente, se apoderase de aquellos que, con sus pretores estaban acampados en Megara, y, con su suplicio, libertar al fin á Siracusa.» Al escuchar esta carta, corrieron á las armas lanzando tales gritos, que asustados los pretores de aquel tumulto, corrieron á caballo hasta Siracusa. Pero ni su fuga puso término á la sublevación, sino que se precipitaban ya contra los soldados siracusanos, y ni uno hubie-

se quedado si Epícides ó Hipócrates no se hubiesen opuesto á la cólera de la multitud, no por compasión ni humanitarios sentimientos, sino porque querían conservar alguna esperanza de reconciliación. Procurábanse la fidelidad de los soldados conservándoles como en rehenes; por este beneficio y por las prendas que conservaban, se hacían acreedores al agradecimiento de sus parientes y amigos. Pero ellos mismos habían experimentado cuán vano y tornadizo es al menor soplo de viento el favor de la multitud. Habiendo encontrado por casualidad un soldado de la guarnición que había defendido á Leoncio, le sobornan y encargan lleve á Siracusa noticias que concuerdan con el falso relato hecho á orillas del río Myla, con objeto de que se presente como testigo, y declarando haber visto lo que era dudoso, excitase la cólera de todos.

No le creyó solamente el pueblo: introducido en el Senado, aquel hombre conmovió todos los ánimos. Varones graves repetían en alta voz «que la avidez y crueldad de los romanos se habían mostrado por fortuna al desnudo en Leoncio; que su conducta sería igual y peor aún si entraban en Siracusa, porque su avaricia encontraría allí presa más rica.» Decidióse por unanimidad que se cerrarían las puertas y se atendería á la defensa de la ciudad. Movidos estaban los siracusanos por el temor ó el odio, pero no todos contra los mismos hombres. Los soldados y gran parte del pueblo detestaban el nombre romano: los pretores y algunos grandes, aunque muy encolerizados por aquella falsa noticia, pensaban más bien en precaverse contra un peligro más cercano, más inminente. Hipócrates y Epícides se encontraban ya delante de Hexapyla; los hombres del pueblo que pertenecían al ejército trababan conversación con sus parientes, rogándoles les abriesen las puertas y les permitiesen defender la patria común contra

los ataques de los romanos. Habíaseles abierto una puerta de Hexapyla y ya les recibían, cuando llegaron los pretores, que al pronto quieren detener al pueblo con órdenes y amenazas, después, aunque inútilmente, con la influencia y aconsejando: entonces, olvidando la majestad de su cargo, suplican á la multitud que no entreguen la patria á miserables que antes eran satélites del tirano y hoy corruptores del ejército. Pero la multitud irritada permanecía sorda á sus ruegos, y todos, tanto de fuera como de dentro, empleaban igual ardor en romper las puertas, y una vez rotas, todo el ejército entró en Hexapyla. Los pretores se refugian en la Acradina con la juventud de Siracusa; los soldados mercenarios, los desertores y todo lo que quedaba en Siracusa del ejército real viene á aumentar la masa de los enemigos. La Acradina fué tomada al primer ataque, y todos los pretores fueron degollados, exceptuando los que huyeron en medio del tumulto. La noche puso fin á la matanza. Al siguiente día se manumite á los esclavos y se pone en libertad á los presos. Aquella confusa multitud nombra pretores á Hipócrates y Epicides, y Siracusa, después de haber visto por un momento brillar la libertad, vuelve á su antigua esclavitud.

En cuanto reciben la noticia los romanos, dejan á Leoncio y marchan á Siracusa. Una embajada que enviaba Apio llegaba en aquel momento por mar en una quinquerreme; una cuadrirreme enviada delante, penetró en el puerto y fué capturada: los legados escaparon con trabajo. Acababan de violar no solamente los derechos de la paz, sino que también los de la guerra. Desde entonces el ejército romano vino á acampar cerca de Olímpio (este es un templo de Júpiter) á quinientos pasos de la ciudad, decidiendo enviar también legados desde allí. Para que no entrasen en la ciudad, Hipócrates y Epicides salieron á recibirles fuera de las puertas.

El legado que tomó la palabra declaró «que no hacían la guerra á los siracusanos, sino que antes traían ayuda y protección á los que, escapando á la matanza, habían acudido á pedirles asilo, y á aquellos que, comprimidos por el temor, soportaban una esclavitud más horrible que el destierro, peor que la misma muerte; que la muerte infame de los aliados de Roma no quedaría impune; así, pues, que si los que se habían refugiado en el campamento romano podían regresar con seguridad completa á su patria, si se entregaba á los autores de la matanza, si se devolvían á Siracusa su libertad y sus leyes, no habría razón para empuñar las armas; pero si se rechazaban estas proposiciones, los romanos perseguirían con la fuerza á todo el que se opusiese.» Á esto contestó Epicides «que si los legados hubiesen traído alguna misión para Hipócrates y para él, babrían recibido contestación, pero que podían volver cuando aquellos á quienes se dirigían fuesen dueños de Siracusa. Que si los romanos atacaban la ciudad, el resultado les haría comprender la diferencia entre sitiar á Siracusa ó á Leoncio.» En seguida se separó de los legados y cerró las puertas. Desde aquel momento comenzó el sitio de Siracusa por mar y tierra; en tierra por la parte de Hexapyla y en el mar por la costa de la Acradina, cuyas murallas bañaba el agua. Como el terror entregó al primer asalto Leoncio á los romanos, esperaban entrar por algún punto en aquella ciudad tan grande y cortada por enormes intervalos, y llevaron por consiguiente bajo las murallas todas las máquinas empleadas en los sitios.

El éxito habría coronado aquel vigoroso ataque, sin la presencia de un solo hombre que poseía entonces Siracusa, Arquímedes, que no tenía rival en el arte de observar los cielos y los astros, y más maravilloso todavía por su habilidad para inventar y construir máquinas de guerra, con las cuales, por medio de ligero es-

fuerzo, se burlaba de las obras que con tanto trabajo empleaba el enemigo. Extendíanse las murallas sobre colinas desiguales, siendo el terreno muy elevado casi por todas partes y de difícil acceso. Según la naturaleza del terreno Arquímedes fortificó la muralla por todas partes con toda clase de obras. Marcelo atacaba con sus quinquerrems el muro de la Acradina, bañado, como ya hemos dicho, por el mar. Desde lo alto de otras naves, sagitarios, honderos y hasta velites, cuyos venablos no pueden devolverse por aquellos que conocen su empleo (1) no permitían á nadie permanecer impunemente sobre la muralla. Como para lanzar estos dardos se necesita espacio, las naves estaban á conveniente distancia. Á las quinquerrems iban unidas en parejas otras naves, á las que habían quitado los remos interiores con objeto de unir las bordo á bordo. Estos aparatos bogaban como las naves ordinarias con los remos exteriores, y llevaban torres de diferentes pisos y otras máquinas para batir las murallas. Á estas naves así dispuestas opuso Arquímedes en las murallas máquinas de diferentes tamaños. Sobre las naves lejanas lanzaba enormes piedras; á las más cercanas las atacaba con proyectiles más ligeros y por consiguiente lanzados en mayor número. En fin, para que pudiesen los suyos sin recibir heridas abrumar con dardos al enemigo, horadó las murallas de alto abajo con aberturas de un codo de altas, y á través de ellas, quedando á cubierto, atacaban al enemigo con flechas y escorpiones de mediana longitud. Si se acercaban algunas naves para ponerse bajo el tiro de las máquinas, una palanca colocada sobre la muralla lanzaba sobre la proa una mano de hierro su-

(1) Los velites llevaban siete venablos, cuya asta tenía dos codos de larga y el grueso de un dedo; la punta tenía una cuarta y era tan fina y aguda que al primer choque se doblaba no pudiendo servir ya al enemigo.

jeta con fuerte cadena. Un contrapeso enorme de plomo levantaba la mano de hierro, que á su vez levantaba la proa, suspendiendo la nave recta sobre la popa; en seguida, por medio de violenta sacudida, la lanzaba con tal violencia que parecía caer de la muralla. La nave, con tremendo espanto de los marineros, azotaba el agua con tal violencia que las olas entraban siempre en ella, aunque cayese derecha. De esta manera se rechazó el ataque por mar y los romanos reunieron todas sus fuerzas para asaltar la ciudad por tierra. Pero también por este lado estaba fortificada con toda clase de máquinas, gracias á los cuidados y gastos de Hierón durante largos años, y gracias especialmente al maravilloso ingenio de Arquímedes. Aquí la naturaleza había venido en su auxilio, porque la roca que recibe los cimientos de la muralla, en grande extensión tiene tal pendiente, que no solamente los cuerpos lanzados por las máquinas, sino aquellos también que rodaban por su propio peso, caían violentamente sobre el enemigo. Por la misma razón era muy difícil escalar aquella pendiente con paso seguro. Marcelo celebró un consejo, en el que se decidió que habiendo sido infructuosas todas sus tentativas de ataque, se suspendería el sitio, quedando bloqueada solamente la ciudad, de manera que no pudiese recibir ningún convoy por tierra ni por mar.

Entretanto partió Marcelo con la tercera parte de su ejército para apoderarse de las ciudades que en medio de aquellas turbulencias habían pasado á los cartagineses. Heloro y Herbeso se rindieron espontáneamente. Tomó por asalto á Megara, la destruyó y abandonó, con objeto de amedrentar á las demás y especialmente á Siracusa. En el mismo tiempo, Hamilcon, que había mantenido por mucho tiempo su flota á la vista del promontorio de Paquino, desembarcó en Heraclea, llamada también Minoa, con veintisiete mil infantes, tres mil

caballos y doce elefantes. No tenía tantas fuerzas cuando permanecía en el mar delante del promontorio; pero cuando Hipócrates se apoderó de Siracusa, partió para Cartago, y allí, ayudado por los diputados de Hipócrates y por las cartas de Aníbal, que manifestaba haber llegado el momento de reconquistar gloriosamente la Sicilia, y él mismo, añadiendo con su presencia mucho peso á esta opinión, consiguió que enviasen á Sicilia cuanto fué posible de infantería y caballería. Llegado á Heraclea, pocos días después tomó á Agrigento; y las otras ciudades declaradas por los cartagineses cobraron tantas esperanzas de arrojar á los romanos de la Sicilia, que hasta se reanimó el valor de los sitiados en Siracusa. Persuadidos de que bastaría una parte de sus tropas para defender la ciudad, dividiéronse la dirección de las operaciones. Epícides debía quedarse para guardar la ciudad, é Hipócrates se reuniría con Hamilcon para comenzar con él la campaña contra el cónsul. Hipócrates partió por la noche, pasando por los intervalos que mediaban entre los puestos romanos, y con diez mil infantes y quinientos caballos marchó á acampar cerca de la ciudad de Acrilas. En medio de sus trabajos de fortificación le sorprendió Marcelo, que regresaba de Agrigento, donde, á pesar de sus esfuerzos y de la rapidez de su marcha, había encontrado establecido ya al enemigo. Muy lejos estaba Marcelo de esperar encontrarse en frente de él en aquel paraje y en aquellas circunstancias un ejército de siracusanos. Sin embargo, por temor de Hamilcon y de los cartagineses, cuyo ejército era mucho más considerable que el suyo, estaba siempre preparado y marchaba con sus tropas dispuestas para cualquier acontecimiento.

La fortuna quiso que las precauciones tomadas contra los cartagineses le sirviesen contra los sicilianos. Marcelo les encontró en desorden, dispersos, la mayor

parte desarmados, ocupados en establecer el campamento. Envolvió la infantería; y la caballería, después de ligero combate, huyó á Acras con Hipócrates. Este combate contuvo á los sicilianos que pensaban en separarse de Roma. Marcelo volvió á Siracusa. Pocos días después Hamilcon, con quien se había reunido Hipócrates, vino á acampar sobre el río Anapo á unas ocho millas de distancia. Casi por el mismo tiempo, cincuenta y cinco naves largas mandadas por Bomílcar, jefe de la flota cartaginesa, entraron de alta mar en el puerto grande de Siracusa, y por su parte, la flota romana compuesta de treinta y cinco quinquerremes, desembarcó en Panormo la primera legión; podía creerse que se había trasladado la guerra de Italia á Sicilia, de tal manera reconcentraban allí sus fuerzas los dos pueblos. Persuadido Hamilcon de que la legión romana que había desembarcado en Panormo y que se dirigía á Siracusa iba á caer en su poder, equivocó el camino, y mientras penetraba en el interior, la legión, escoltada por la flota, llegó siguiendo la costa á reunirse con Ap. Claudio, que con una parte de sus tropas había acudido á su encuentro hasta Paquino. Los cartagineses no permanecieron más tiempo delante de Siracusa. Bomílcar no confiaba mucho en su flota; la de los romanos la duplicaba en número, y además veía que su permanencia aumentaba la escasez de sus aliados. En consecuencia de esto, se dió á la vela y regresó á África. Hamilcon por su parte había seguido en vano á Marcelo hasta Siracusa, buscando ocasión de combatirle antes de que reuniese fuerzas más considerables. La ocasión no se presentó, y como veía al enemigo en seguridad delante de Siracusa por la fuerza de sus fortificaciones y por el número de sus tropas, para no perder inútilmente el tiempo contemplando á sus aliados sitiados, levantó el campamento con el propósito de llevar sus tropas adon-

de le llamara la esperanza de alguna revuelta contra los romanos y aumentara también con su presencia el ardor de sus partidarios. Tomó primeramente á Murgancia, cuyos habitantes le entregaron la guarnición romana. Los romanos habían reunido allí considerable cantidad de trigo y provisiones de todo género. Ante esta defección se enardecieron las demás ciudades. Las guarniciones romanas eran arrojadas de las fortalezas ó sorprendidas por la traición de los habitantes. Henna, situada en paraje alto y escarpado por todas partes, era inexpugnable por su posición, y además su fortaleza encerraba fuerte guarnición mandada por un hombre cuya vigilancia no habrían burlado fácilmente los traidores. Era este L. Pinario, varón muy activo y que para deshacer todas las tramas contaba mucho más con su propia actividad que con la fidelidad de los sicilianos. La desconfianza estaba más alerta aún por la nueva traición de tantas ciudades que se rebelaban y degollaban las tropas. Así era que día y noche tenía vigias y centinelas preparados á todo, y los soldados no dejaban jamás las armas ni sus puestos. Los principales habitantes de Henna, que ya estaban de acuerdo con Hamilcon para entregarle la guarnición romana, comprendieron que con aquel jefe no había traición posible y decidieron obrar abiertamente. «La ciudad y la fortaleza, decían, deben estar en su poder, si se han entregado á los romanos como aliados libres y no como esclavos á quienes hay que guardar prisioneros; creen por tanto que es justo les entreguen las llaves de las puertas; que el lazo más fuerte que une á verdaderos aliados es la mutua confianza; que el pueblo y el Senado romano no les estarán agradecidos sino en cuanto permanezcan fieles por propia voluntad y no por la fuerza.» A esto contestó el romano: «que su general le había dejado para guarnecer á Henna, que de él había

recibido las llaves de las puertas y la custodia de la fortaleza; que no podía disponer por su propia voluntad ni por la de los habitantes de Henna, sino por la del jefe que se las había confiado. Que abandonar el puesto era crimen capital entre los romanos y que se había visto sancionar esta ley hasta con la muerte de los propios hijos. El cónsul Marcelo estaba cerca; los habitantes debían enviarle legados, porque él tenía el mando supremo.» Los otros replicaron: «que no enviarían legados á Marcelo, y declararon que si las palabras eran inútiles, buscarían otro medio para recobrar la libertad.» Pinario dijo á su vez «que si les repugnaba enviar una legación á Marcelo, que le concediesen reunir la asamblea del pueblo para que pudiese convencerse de si lo que acababan de decirle era la opinión de corto número ó de toda la ciudad.» Convínose en que á la mañana siguiente se convocaría la asamblea. Después de esta conferencia, se retiró Pinario á la fortaleza y reunió á los soldados diciéndoles: «Creo, soldados, que todos sabéis que en estos últimos días los sicilianos han sorprendido y degollado guarniciones romanas. La bondad de los dioses inmortales y además vuestro valor, vuestra vigilancia permaneciendo día y noche sobre las armas, os han librado de la traición, ¡y ojalá podamos seguir viviendo aquí sin tener que experimentar ó consumir alguna gran desgracia! Contra los ataques secretos tenemos las precauciones que hasta ahora hemos empleado, pero como no les daba resultado la traición, me han pedido clara y abiertamente que les entregue las llaves de las puertas. Ahora bien; una vez entregadas las llaves, Henna pertenecerá á los cartagineses y nosotros seremos degollados aquí con más crueldad todavía que la guarnición de Murgancia. He conseguido con trabajo una noche para deliberar, porque quería ante todo que conocieseis el peligro que nos



amenaza. Al amanecer celebrarán una asamblea para acusarme y sublevar contra vosotros el pueblo; mañana, pues, Henna quedará inundada por nuestra sangre ó la de sus habitantes; atacados los primeros, no os quedará esperanza; por el contrario, atacándoles, ningún peligro tendréis que temer. La victoria pertenecerá al primero que desenvaine la espada. Empuñadas las armas y preparados, esperaréis la señal; yo asistiré á la asamblea y ganaré tiempo con discursos y discusiones hasta que todo esté dispuesto. Cuando con un movimiento de mi toga os dé la señal, lanzad el grito y por todos lados caed sobre la multitud, matad y que no quede ni uno solo de quien podáis temer violencia ó sorpresa. Y vosotras, venerables Ceres y Proserpina (1); vosotros dioses del cielo y del infierno, que habitáis esta ciudad, estos lagos, estos bosques sagrados, escuchad mi súplica. Sednos benévolos y propicios, si es verdad que por evitar una traición y no para cometerla tomamos esta resolución. Soldados, os diría más si tuvieseis que combatir con enemigos armados; pero no tienen armas y no esperan nada; degollaréis hasta la saciedad. Además, teniendo el cónsul su campamento cerca de nosotros, nada hay que temer de Hamilcon y los cartagineses.»

Después de esta exhortación marchan á comer y descansar. A la mañana siguiente se colocan en diferentes puntos para cerrar las calles y cortar todo paso. La mayor parte permanece sobre el teatro y en sus alrededores, donde estaban acostumbrados al espectáculo de las asambleas. Los magistrados llevan al jefe romano ante el pueblo: repite que todo depende del cónsul y no de él, é insiste en todo lo que dijo la víspera. Al principio

(1) Henna estaba consagrada á Ceres y Proserpina porque en sus inmediaciones arrebató Plutón á Proserpina.

algunos solamente, después mayor número y al fin todos á la vez le mandan que entregue las llaves. Como vacila y se aplaza, se enfurecen, amenazan y parecen dispuestos á emplear la fuerza. Entonces Pinario da con la toga la señal convenida. Atentos los soldados desde largo rato y preparados para el ataque, lanzan enérgico grito. Unos se arrojan desde lo alto sobre la asamblea, cogiéndola por la espalda, otros se precipitan por todas las salidas del teatro. Los ciudadanos encerrados en aquel profundo recinto son degollados, cayendo en masa heridos por los romanos ó ahogados en la fuga. Precipitándose unos sobre la cabeza de los otros, se amontonan los heridos sobre los sanos, los vivos sobre los muertos. Los romanos se extienden por todos lados. La fuga y la matanza se propagan por Henna, que parece tomada por asalto. Aunque los soldados exterminaban una multitud desarmada, lo hacían con tanto encarnizamiento como si les animasen los riesgos y el ardor del combate entre fuerzas iguales. Este golpe de mano, culpable ó necesario, conservó Henna á los romanos. Marcelo no mostró desagrado, y hasta dejó á los soldados el botín recogido en la ciudad, persuadido de que el temor contendría á los sicilianos y les impediría entregar las guarniciones romanas. Este desastre de una ciudad situada en medio de Sicilia, célebre por la fuerza de su posición natural y por los sagrados vestigios que se ven en ella del rapto de Proserpina, se propagó casi en un solo día por toda la isla. Consideróse aquella espantosa matanza como un atentado á los dioses y á los hombres, y todos los pueblos que no se habían declarado aún, pasaron á los cartagineses. Hipócrates se retiró á Murgancia, Hamilcon á Agrigento, después de haber llevado inútilmente su ejército hacia Henna, donde le llamaban los traidores. Marcelo regresó al territorio de los leontinos; hizo llevar á su campamento trigo y otras

provisiones, dejó tropas en él, y volvió al bloqueo de Siracusa. Enviando entonces á Roma á Ap. Claudio para solicitar el consulado, nombró en su puesto á T. Quincio Crispino para que tomase el mando de la flota y del campamento antiguo. El mismo se constituyó cuarteles de invierno, fortificándolos, en un paraje situado á cinco mil pasos de Hexapyla, llamado Leonta. Esto fué cuanto ocurrió en Sicilia hasta el principio del invierno.

Aquel mismo verano comenzó la por tanto tiempo esperada guerra con Filipo. El pretor M. Valerio, que mandaba la flota de Brundisium y de la Calabria, recibió una legación de Orico diciéndole que Filipo había remontado el río con ciento veinte birremes; que primeramente había hecho una tentativa sobre Apolonia (1); que no pudiendo triunfar tan pronto como esperaba, se había acercado secretamente de noche á Orico, ciudad situada en la llanura, sin fortificaciones, sin guarnición y sin armas, apoderándose de ella al primer asalto. Suplicaban, pues, al cónsul que acudiese á socorrerles y que alejase con un ejército ó con una flota á aquel enemigo declarado de Roma, que les atacaba solamente porque se encontraban en las puertas de Italia. M. Valerio dejó para guardar la comarca á su legado P. Valerio, con una flota dispuesta y equipada; y embarcando en naves de transporte los soldados que no cabían en las naves largas, llegó á la mañana siguiente á Orico, donde Filipo, al partir había dejado débil guarnición, de la que se apoderó sin mucha dificultad. Llegaron entonces legados de Apolonia diciéndole «que su ciudad estaba sitiada porque no habían querido renunciar á la alianza con Roma, y que no podía resistir por más tiempo los esfuerzos de los macedonios si no enviaba una guarni-

(1) Ciudad marítima de la Iliria macedónica, vecina de Orico y del río Aous, que desemboca en el Adriático. El estado de Apolonia era muy floreciente por el comercio y las letras.

ción romana.» Valerio ofreció socorrerles, y envió á la desembocadura del río dos mil soldados escogidos, embarcados en naves largas, poniéndoles á las órdenes del jefe de los aliados Q. Nevio Crista, valiente y hábil general. Crista desembarcó las tropas, despidió las naves para que se reuniesen con la flota en Orico, de donde venía, y alejándose del río, tomó un camino que no vigilaban los soldados del rey; en seguida, durante la noche, sin que los enemigos se enterasen, entró en Apolonia. Durante el día siguiente descansaron, pero entre tanto Nevio revistó la juventud de la ciudad, las armas y las fuerzas que podía suministrar. Grandes esperanzas le infundió la revista; instruido además por sus exploradores de la negligencia y descuido del enemigo, en el silencio de la noche salió sin ruido de la ciudad, y encontró el campamento macedonio tan mal guardado y con tan fácil acceso, que es un hecho entraron mil hombres en las fortificaciones sin que nadie lo advirtiese. Si los soldados romanos no hubiesen comenzado á matar, habrían llegado hasta la tienda del rey. La matanza de los que se encontraban cerca de las puertas despertó á los demás; entonces fueron tan grandes el miedo y el terror que se apoderaron de todo el ejército, que no solamente nadie tomó las armas ni trató de arrojar del campamento al enemigo, sino que el mismo rey huyó casi desnudo, como despertó, de un modo indecoroso, no diré para un rey, sino para un soldado, procurando ganar el río y la flota. Allí se dirigía también toda la multitud. En el campamento quedaron muertos ó prisioneros cerca de tres mil soldados, siendo el número de los segundos mayor que el de los primeros. El campamento fué saqueado, llevando á la ciudad los habitantes de Apolonia las catapultas, balistas y demás aparatos preparados para el sitio, con intención de emplearlas en la defensa de sus murallas, si se repetía